

TENSIÓN EN LÍBANO

Carlos LARRINAGA

Historiador y Profesor Titular de Universidad

El viernes 27 de diciembre, sobre las 9,40h, tuvo lugar en el centro de Beirut uno de los atentados más atroces de los últimos tiempos en el Líbano. El objetivo era Mohamed Chatah, economista de 62 años, ex funcionario del Fondo Monetario Internacional, ex embajador en Estados Unidos (1997-2000), ex ministro de Hacienda (2008-2009) y actualmente uno de los líderes más conocidos de la coalición de partidos de la Alianza del 14 de marzo. Perteneciente a la comunidad sunita, Chatah se dirigía a una reunión con el ex primer ministro Saad Hariri, hijo del también ex primer ministro Rafic Hariri, asesinado asimismo con un coche bomba en 2005 a unos centenares de metros de este magnicidio. El resultado: no sólo la muerte de Chatah y su chófer, sino también la de otras seis personas más y unas cuantas decenas de heridos. ¿El autor o autores? No se sabe aún, aunque todas las miradas apuntan hacia Hezbolá, que, sin embargo, al igual que Damasco, ha condenado el atentado, reclamando a la justicia su esclarecimiento. No obstante, ¿el lanzamiento de dos cohetes por milicianos de Hezbolá contra suelo israelí el mismo día de los funerales de Chatah es una maniobra de distracción? No lo sabemos, pero todo ello ha sucedido a pocos días de 1 comienzo (16 de enero) en la La Haya del juicio en rebeldía contra cuatro brigadistas de Hezbolá por el asesinato de Hariri. Demasiadas preguntas sin respuesta.

Sea como fuere, este asesinato hay que entenderlo dentro de esa espiral de violencia que vive todo el Próximo Oriente por esa lucha cada vez más encarnizada entre sunitas y chiítas, especialmente grave en la vecina Siria, donde en marzo de 2014 el conflicto se habrá prolongado ya por tres años. Durante todos estos meses la verdad es que la situación en Líbano se ha mantenido en una tensa calma, interrumpida por ciertos actos violentos y algunos atentados de gran brutalidad. De hecho, cuando estalló el conflicto en Siria, muchos analistas pensaron que salpicaría inmediatamente al Líbano, sin que, afortunadamente, esto haya sucedido. El país de los cedros tenía todas las papeletas para ello. Ambos estados cuentan con una parecida división comunitaria: sunitas, chiítas, drusos, cristianos, etc. Sus lazos históricos han sido enormes, tanto bajo la dominación otomana, como bajo el mandato francés. Por no hablar de la presencia del ejército sirio en Líbano durante la guerra civil y después, hasta 2005, cuando, tras las expresiones de repulsa contra el atentado de Rafic Hariri y las acusaciones contra el régimen sirio de estar implicado en el mismo, el gobierno de El-Asad decidió retirar sus últimos contingentes en el país vecino. Esto abrió un cierto periodo de calma entre las dos grandes comunidades musulmanas. Lo que no significó la paz completa para el Líbano, que padeció una nueva crisis bélica en el verano de 2006 entre Hezbolá e Israel. Guerra que se saldó, por cierto, con una nueva retirada de las tropas israelíes que previamente habían invadido suelo libanés. Lo cual fue visto como una victoria de Hezbolá frente al eterno enemigo. Victoria, por cierto, objeto de admiración por gran parte de la opinión pública de los países musulmanes.

Desde entonces, el papel de Hezbolá en la política libanesa ha sido fundamental, llegando a influir decisivamente en los distintos ejecutivos. Gracias a esta organización los chiítas libaneses han ido ganando peso en la vida política de un país en el que los cargos más importantes, las presidencias del Estado y del gobierno, recaen en un cristiano y en un sunita, respectivamente. Cabe recordar, además, que la guerra civil y este conflicto de 2006 provocaron un desplazamiento de chiítas muy notable desde el sur hacia el norte del país, huyendo de la represión israelí. De esta manera, los barrios del sur de Beirut están ocupados mayoritariamente por chiítas, así como algunas zonas de Trípoli, por ejemplo, donde los enfrentamientos entre sunitas y chiítas son constantes. Precisamente, Chatah era oriundo de esta ciudad costera del norte, muy próxima a la frontera siria. En ella ya se produjeron importantes escaramuzas entre ambas comunidades en la primavera de 2012, incluso con varios muertos. Según pude comprobar *in situ* ese mismo verano, tropas del ejército libanés estaban desplegadas en el centro de Trípoli y en uno de sus monumentos más emblemáticos, el castillo medieval de los cruzados.

Mohamed Chatah venía denunciando desde hacía tiempo no sólo estos altercados, sino la fuerza y el influjo cada vez mayor de Hezbolá y sus presiones sobre la formación del nuevo gobierno, bloqueada desde hace ocho meses. En este sentido, no debemos olvidar que, tras la retirada de los israelíes en el 2000, son las milicias de Hezbolá las que, en buena medida, han controlado el sur del Líbano, bajo la atenta mirada de la Fuerza Provisional de las Naciones Unidas para el Líbano. Por supuesto, la fuerza militar exhibida en el 2006 y después no hubiese sido posible sin la ayuda de los regímenes iraní y sirio, por lo que no es de extrañar que en estos momentos de guerra civil en el país vecino, Hezbolá se haya convertido en uno de los puntales de apoyo del gobierno de El-Asad. Precisamente, Chatah siempre se opuso a este protagonismo de la milicia, reclamando para el Estado el monopolio del uso de la fuerza, cosa que, lamentablemente, en el Líbano no sucede. Su asesinato, por lo tanto, hay que entenderlo en ese reguero de violencia que sacude a este país por contagio de la situación en Siria. Una situación que puede complicarse aún más por el excesivo número de refugiados sirios, unos 839.000, según ACNUR. Por el momento, los escenarios de la confrontación están siendo Trípoli y Beirut, con atentados muy violentos, sí, pero sin que podamos hablar, por suerte, de una situación que irreversiblemente ha de llevar a nueva guerra civil como la vivida entre 1975 y 1990.

29 de diciembre de 2013

Publicado en *El Diario Vasco*, 12-febrero-2014, p. 24